

CaMiNo Al InFiErNo

La guerra del Horizonte — Libro 1

Per il ciclo *La guerra del Horizonte* di R. Martin, edito
da Robert Weinberg

MAGO

La guerra por la realidad estalla cuando los magos de todas clases tratan de hacerse con los fabulosos Reinos del Horizonte, las dimensiones yuxtapuestas a la Tierra y a... otros lugares. Un villano del pasado de dichos hechiceros regresa para reclamar su legado, involucrando tanto a los místicos terráqueos como a la Estirpe vampírica en un conflicto por la supervivencia y por el dominio de toda la creación conocida.

A Nancy Ford, Tina L. Jens y Karen Taylor,
que consiguieron lo imposible y me pillaron por
sorpresa.

«Puesto que no es el menor de sus terrores
el que este ente maligno se encuentre profundamente
arraigado en todo lo que es bueno...»

—de *Drácula*
por Bram Stoker

NOTA DEL AUTOR

Si bien los escenarios y la historia de este mundo pudieran resultar familiares, no se trata de nuestra realidad. *La Guerra del Horizonte* transcurre en una versión más descarnada y cruel de nuestro universo, en un paraje árido y desolado donde nada es lo que parecen indicar las apariencias. Se trata de un verdadero Mundo de Tinieblas.

Determinados conceptos y personajes se han inspirado en las creaciones de Bill Bridges, Steven C. Brown, Phil Brucato, Elizabeth Fische, Chris Hind, James E. Moore, Micky Rea y Stewart Wieck.

PRÓLOGO

Sombra del Amanecer se encontraba a punto de finalizar un ejercicio con sus espadas gemelas, una complicada serie de maniobras conocida como los Dientes de la Serpiente, cuando divisó a un extraño que la observaba desde los árboles. El hombre había conseguido atravesar la floresta circundante, no sabía cómo, sin que ella se hubiese percatado de su presencia. Debido a su conexión con la esencia de la tierra, Sombra no hubiese creído tal gesta. Aunque continuó con su ejercicio sin pausa, mantuvo los ojos clavados en el forastero.

Mientras se movía con la gracia y la belleza de un gran felino, Sombra se negó a permitir que el extraño interrumpiese su concentración. Con una habilidad increíble, utilizó a Grito y Susurro para tejer un tapiz *Do* alrededor de su cuerpo. Ambas espadas dejaron de ser dos formas separadas para transformarse en extensiones de sus articulaciones. El aire se estremecía ante la fuerza de sus embestidas. A pesar de que muchos maestros de la espada gustaban de proferir alaridos durante el combate, Sombra trabajaba en completo silencio; sus armas se encargaban de hablar por ella.

Alta y esbelta, su piel era del color del azafrán. Sus largos cabellos negros aparecían recogidos en una sencilla trenza, anudada con una clavija redonda de madera. Pocos eran los que sabían que, en el interior del accesorio deco-

rativo, ocultaba dos hojas de acero. Cuando era necesario, incluso su cogedor de pelo podía convertirse en un arma.

Vestía una chaqueta azul, ancha, y pantalones holgados. Su rostro ovalado enmarcaba una nariz delicada, labios finos y un par de brillantes ojos verdes, felinos, arropados por largas pestañas. Si bien no podía considerársela como una belleza en el sentido comúnmente aceptado de la palabra, Sombra hacía gala de unos rasgos *interesantes*. Con su sonrisa, enigmática y taimada, había conseguido intrigar a más de un puñado de hombres durante el corto período de tiempo que comprendía su edad adulta.

Una finta, un giro y dos rápidas acometidas completaron el patrón. Sólo en ese momento bajó Sombra sus espadas y se permitió estudiar al inesperado visitante.

Alto, de piel dorada, el extraño poseía unas anchas espaldas y una figura atlética. Tenía los brazos musculosos cruzados sobre el pecho. Sombra se percató de que sus manos, rematadas en dedos delicados, se encontraban cubiertas de tatuajes, aunque no consiguió distinguir las señales. Poseía un rostro fuerte y poderoso, de mandíbula cuadrada y barba muy recortada, así como una espesa melena recogida en una coleta a la espalda. Su nariz aguileña le confería un aspecto ligeramente semítico. Una diminuta esquirra de diamante reflejaba el sol de la mañana en su oreja derecha. Sus grandes ojos oscuros refulgían con un fuego interior.

El extraño vestía pantalones vaqueros, un cálido anorak de lana, botas negras de cuero y una gorra de piel. Aparentaba unos cuarenta años, aunque Sombra sabía que las apariencias podían resultar engañosas.

—Saludos, Sombra del Amanecer —dijo el hombre. Su voz profunda resonó por todo el claro. Permaneció inmóvil, con los labios fruncidos en la más ligera de las sonrisas—. Os deseo lo mejor en el día de vuestro veinticinco cumpleaños.

—Gracias —respondió Sombra. Mantenía las espadas preparadas, cruzadas frente a su cuerpo. La joven no confiaba en nadie. Aunque estaba segura de que era la primera vez que veía a aquel hombre, éste sabía su nombre. No le gustaba lo que aquello implicaba. No obstante, tal y como le habían enseñado sus mentores en la Hermandad Akáshica, permaneció igual de cortés—. ¿Quién sois, distinguido señor, y por qué estáis aquí?

—Vuestra habilidad con la espada es extraordinaria —alabó el hombre, ignorando su pregunta. Hablaba con dignidad y suprema confianza—. He visto a muchos grandes luchadores durante el transcurso de mi larga vida, pero vos sois, sin lugar a dudas, la mejor.

Sombra inclinó la cabeza ligeramente, sin apartar en ningún momento la vista del extraño. No le gustaban los misterios.

—De nuevo, gracias por el cumplido. Sin embargo, he de insistir por segunda vez. ¿Quién sois y por qué estáis aquí?

—Mi identidad carece de importancia —repuso el desconocido. Bajó los brazos y dio un paso al frente. Las hojas gemelas que esgrimía la joven no parecían preocuparlo en absoluto—. Consideradme un viajero solitario y agotado que ha atravesado la historia para encontraros.

Sus ojos relampaguearon de energía.

—La rueda del Drahma ha completado otro ciclo, Sombra del Amanecer. Están a punto de ocurrir serios acontecimientos. Se ha terminado la espera; el momento que has estado esperando durante toda tu vida ha llegado. Tu destino te reclama.

La joven profirió una delicada carcajada, cuyo sonido se asemejaba al tintineo del agua que se derramase sobre una roca.

—¿Acaso parezco una chiquilla crédula que deba creerse las palabras de un desconocido anónimo, salido del bosque igual que una serpiente? Debéis de pensar que soy

una estúpida jovencuela de Tokio. O una ilusa, intrigada por las misteriosas profecías de un señor con barba.

—Sé que no eres ni lo uno ni lo otro —respondió el visitante. Dio otro paso en dirección a Sombra. Su semblante se había vuelto grave de improviso, su voz se había tornado fría y distante—. Como alumna de los misterios de la Hermandad Akáshica en la Capilla de Fukuoka, adoptaste el nombre de Hija de la Curiosidad. El título te hacía justicia, dada tu sed de conocimientos e iluminación. Transcurridos siete años, descubriste que habías aprendido todo lo que la escuela podía ofrecer. Viniste aquí, a las laderas del monte Kuromasa, en busca de sabiduría interior, a un lugar sagrado donde los mayores guerreros de la Hermandad llevan siglos entrenando en completo aislamiento. Las trazas de su presencia aún pueden encontrarse por toda la montaña. Puesto que te levantabas con el sol cada mañana, cambiaste tu nombre por el de Sombra del Amanecer.

La suspicacia entrecerró los ojos de Sombra. El forastero sabía más cosas acerca de ella de lo que hubiese creído posible. Vivía sola en una pequeña cabaña al borde del inmenso bosque que rodeaba la mística cima... sola, a excepción de las bestias. La intensa soledad y la tranquilidad favorecían sus meditaciones. Le molestaba saber que sus acciones habían estado controladas, sin ella saberlo, por vigilantes invisibles.

—Eludís mis preguntas.

—Por toda la Teluria fermentan acontecimientos extraños y horribles —respondió el desconocido—. El tejido del Tapiz de todas las cosas está a punto de desgarrarse y quedar reducido a trizas, deformando la realidad como no ha ocurrido en quinientos años. A menos que se ponga fin a estos sucesos, se desatará una espantosa guerra en el Cielo. Y, posiblemente, el infierno sobre la Tierra.

A pesar de sus celos, Sombra sintió un escalofrío. Su formación *Do* le permitía detectar una mentira en el preciso instante de ser enunciada. El forastero estaba diciendo la

verdad. O, al menos, lo que él creía que era la verdad. La joven no era tan ingenua como para fiarse de meras palabras, daba igual lo convincentes que fueran. El hombre de rostro hirsuto podría ser un Merodeador, uno de los desquiciados hacedores de magia que no creían más que en el caos. La verdad era un abrigo de muchos colores y tonos, no todos ellos obvios a simple vista.

El desconocido parecía presentir sus dudas. Sofocando una risita, sacudió la cabeza.

—No esperaba que me creyeras. ¿Por qué tendrías que hacerlo? Ése es el motivo por el que he revelado lo que sé de tu pasado.

Señalando sus dos espadas, continuó:

—Al igual que muchos magos, canalizas y diriges tu magia a través de objetos específicos. Tus dos hojas salieron de la armería de Fukuoka. Tú misma las elegiste. Aunque desconocías su historia, llevaban casi medio milenio esperándote.

Sus ojos se posaron sobre la espada más larga.

—A tu katana la llamas Susurro. —Ladeando apenas la cabeza, concentró su atención en la espada corta que completaba la pareja—. Al wakizashi, Grito. Títulos apropiados para armas tan letales. Refulgen con energía mística.

Con un encogimiento de hombros casi imperceptible, el hombre se deshizo de su chaqueta y la arrojó al suelo a media docena de pasos de distancia. Su gorro fue a reunirse con ella. Una fina camisa de seda de color púrpura le cubría el pecho. Podía verse la tensión de sus músculos nervudos bajo el tejido.

—Guerreros de todo el mundo consideran la katana como la mejor espada de todas —declaró el extraño, mientras flexionaba los brazos e inhalaba profundamente—. La hoja, con su afilada punta triangular, está diseñada para sajar y rebanar. El metal se ha doblado y vuelto a doblar cientos y cientos de veces a fin de fortalecer el acero del arma.

Puede esgrimirse con una o ambas manos. Sé que eres una maestra de ambos estilos de lucha.

Sombra no dijo nada. Con los sentidos alerta, escudriñó el claro en busca de otros intrusos. No vio nada. Lo que fuese que planeaba el forastero, pretendía llevarlo a cabo en solitario.

—Eres una Escama de Dragón Akáshica, una maestra de esgrima de tremendo poder —declaró el hombre. Sus ojos oscuros chisporroteaban—. Hay magia en tus hojas gemelas, Grito y Susurro. Ningún guerrero es rival para tu habilidad. Jamás has salido derrotada de un duelo. Así y todo, no tengo miedo. Reto a tu fuerza, Sombra del Amanecer. *Golpéame si eres capaz.*

Sombra abrió los ojos de par en par, presa del asombro. No resultaba fácil desconcertarla, pero las palabras del hombre la habían cogido completamente por sorpresa. Era una invitación al asesinato. Con todo, pese a la aparente falta de miedo del desconocido, vacilaba ante la perspectiva de atacar a alguien desarmado.

—Golpea —repitió el hombre de la barba, entre risas. Sonaba presuntuoso y seguro de sí—. Soy libre de arriesgar mi propia vida. Acepta mi reto. Sé lo que me hago.

—Eso es algo que dudo seriamente —musitó Sombra. Con un movimiento fluido, enfundó a Grito en la vaina que pendía de su cinto y empuñó a Susurro con ambas manos. La doble presa le proporcionaba un control más preciso sobre la hoja, tan afilada que podía pelar una naranja con ella —. Pero pronto lo veremos.

Tras inhalar profundamente, la joven dejó que la magia interna de una practicante del *Do* llenase sus pensamientos. Más rápida que la vista, trazó un arco con Susurro, apuntado al hombro del forastero. El control de Sombra sobre la katana era tan absoluto que su propósito consistía en aplicar una ligera reprimenda sobre la arrogancia del hombre. Pero no tardó en descubrir que el extraño barbón tenía con lo que respaldar su insolencia.

Con un leve giro de su torso, se apartó y evitó el golpe por escasos centímetros.

—Fallaste —declaró, con una risa seca—. ¿Probamos de nuevo?

Sin necesidad de que la espolearan, Sombra lanzó la espada hacia arriba y volvió a bajarla en una estocada cegadora dirigida hacia el otro hombro del desconocido. Una vez más, le bastó un sutil cambio de postura para apartarse de la trayectoria del filo. Su semblante no mostraba temor alguno, sino que parecía divertirse el espectáculo.

En esa ocasión, no obstante, Sombra se esperaba la finta. Con un giro de muñeca, disparó la espada hacia arriba y a un lado, pretendiendo cruzar el pecho del hombre. Sin esfuerzo aparente, el forastero se dejó caer de rodillas. Susurro cortó inofensiva el aire que ocupaba el lugar donde antes se encontraba la oscura melena.

—Volviste a fallar. Tendrás que esforzarte. Estoy desarmado y, sin embargo, aún no has conseguido tocarme.

Con el ceño fruncido, Sombra retrajo su espada y asumió una postura de ataque, con las manos a la altura de la cintura, frente a ella, y la katana apuntando hacia el cielo. No lograba entender cómo el extraño conseguía esquivar sus golpes. Ni siquiera un lector de mentes era capaz de anticipar el repentino ataque al azar de un espadachín *Do*. Además, Sombra sentía que el hombre no estaba empleando ningún tipo de magia para defenderse. Más decidida que antes, reanudó su ataque.

El resultado seguía siendo el mismo. De algún modo, el extraño parecía saber dónde iba a golpear un instante antes de que su espada iniciase el movimiento. Se revolvía y giraba y agachaba y saltaba con una enojosa despreocupación. En una ocasión, golpeó los nudillos contra la hoja de Susurro mientras el filo se quedaba a centímetros de sus dedos. Sombra utilizó las técnicas del Diente de la Serpiente, la Mangosta Reptante y el Halcón Sagaz, todas ellas en vano.

Apartó la mano derecha de la espada, decidida a cambiar de táctica. Utilizar la siniestra para guiar el arma reducía la fuerza del impacto, pero aumentaba la velocidad con la que podía descargar el filo. La katana giró en un entramado de destellos a la brillante luz del sol. A su pesar, nada de lo que hizo consiguió sorprender al extraño. Ni siquiera un veloz requiebro de la espada, que saltó de su mano izquierda a la diestra, surtió efecto. El forastero le llevaba siempre un paso de ventaja.

Transcurridos quince minutos de futilidad, Sombra retrocedió un paso, alejándose de su enigmático oponente. Salvo el rubor propio de la actividad física, el hombre no acusaba trazas de herida alguna. El acero no había conseguido tocarlo ni una sola vez.

Con calma, Sombra enfundó su katana en la vaina que llevaba a la espalda. Una verdadera discípula del *Do* nunca perdía los nervios. Fiel a su Tradición, Sombra no sentía ira, tan sólo una intensa curiosidad. Inclino la cabeza ante el extraño, cuidándose de no perderlo de vista.

—Alabo vuestra habilidad —concedió—. Nunca antes había luchado contra el viento caprichoso. He de admitir que no puedo heriros con mi filo. Ha sido una importante lección de humildad.

—Si hubiese venido a matarte —dijo el hombre, con voz afable y ligeramente divertida—, podría hacerlo con la misma facilidad. Tu vida está en mis manos.

—Pudiera ser —replicó Sombra—. No perecería fácilmente.

El hombre sofocó una carcajada.

—No, sé que no. Así y todo, lo haríais. Ni siquiera un guerrero Escama de Dragón puede protegerse de lo que ya ha acontecido.

Sombra frunció los labios mientras sopesaba el significado de aquellas desconcertantes palabras. Los miembros de la Hermandad Akáshica aprendían con todo rigor a pensar de forma lógica. Mediante la combinación de los actos del

extraño y sus discursos, Sombra extrapoló rápidamente la explicación más probable para el talento del hombre.

—¿Podéis ver el futuro? —medio preguntó, medio afirmó—. Así es como me habéis derrotado.

—Desde luego —dijo el extraño—. Te he seguido desde el día que naciste. Durante los últimos diez años, he estudiado con sumo cuidado hasta el último movimiento de nuestro duelo de hoy. Al conocer de antemano dónde golpearías, pude entrenarme para esquivar todos los ataques en el último segundo.

Sombra meneó la cabeza. No le gustaba lo que estaba oyendo.

—Entonces, ¿lo que haya de ocurrir está prefijado y no podemos cambiarlo? ¿Nuestros pies caminan por una senda ya hollada?

—Paparruchas. El futuro no es algo estático. Puedo ver posibilidades, no certezas. El destino no es lo que es, sino lo que podría ser. Si hubiese decidido no enfrentarme a ti esta mañana, nuestro encuentro jamás hubiese tenido lugar. Esta conversación, tampoco. Y todos mis preparativos a lo largo de la última década habrían sido en vano.

—¿Podéis ver lo que hay al otro lado de la puerta del futuro?

—Así es —admitió el hombre—. Hay quien me llama Maestro del Tiempo, aunque yo prefiero verme a mí mismo como alguien que busca la sabiduría. Esta breve demostración era el método más rápido de convencerte de mis poderes. Necesito tu ayuda. Lo que dije antes es cierto: un conflicto de enormes proporciones va a sacudir los cimientos de la Teluria. Tras siglos, un gran círculo está a punto de completarse. Se está forjando un desastre que escapa a la comprensión de los mortales. ¿Vas a aceptar tu destino, Sombra del Amanecer? Con tu ayuda, podré evitar lo que, de otro modo, sería inevitable. Solo, no lo conseguiré.

—¿Habéis visto el resultado de esta batalla?

—Las repercusiones llevan siglos hostigándome en sueños —dijo el hombre de barba hirsuta. Sombra aceptó la increíble longevidad del extraño sin hacer preguntas. Los Maestros del Tiempo poseían el poder de detener e incluso revertir el proceso de envejecimiento. Eran casi inmortales —. En el mejor de los casos, como poco, si se pierde esta lucha, significará la destrucción de las Nueve Tradiciones. Eso es todo lo que puedo revelar.

—¿En el mejor de los casos? —repitió Sombra. Aunque había sido entrenada para ocultar sus emociones, no pudo reprimir un escalofrío de temor. Demudada, volvió sus aterrorizados ojos hacia el forastero—. ¿Quién sois, extraño, que portáis noticias tan monstruosas?

El hombre le reveló su nombre y su título. Aquella revelación bastó para convencer a Sombra de que decía la verdad. Era un viajero de la historia y la leyenda. Aquel día, en ese preciso instante, la joven comprendió por fin cuál era su destino.

—Acepto mi suerte —declaró Sombra, solemne—. Como Escama de Dragón de la Hermandad Akáshica, es lo menos que puedo hacer. Allá donde vayáis, os seguiré.

El visionario asintió, con aspecto sombrío. Sus ojos se habían nublado, como si estuviese estudiando cosas aún invisibles. Su voz sonó cercana y distante a un tiempo.

—No esperaba menos. Juntos ascenderemos por la escalera que lleva hacia el cielo. Y descenderemos, camino del infierno.